

PARTE 4

El 'apaciguamiento' de Adolfo Hitler

12. William Shirer y la hipótesis del
'apaciguamiento'

13. Neville Chamberlain, y las crisis de
Austria, Checoslovaquia, y Polonia

14. La ideología de Chamberlain, en
contexto: ¿Qué fue realmente el
'apaciguamiento'?

En Munich en 1938, Adolfo Hitler insistió, como precio de paz, en que los Sudetes (territorios checoslovacos habitados por alemanes) le fueran cedidos a Alemania. Aunque la transferencia que exigía destruiría la viabilidad militar de Checoslovaquia, a los líderes de Gran Bretaña y Francia les parecía posible que sacrificando a su aliado checoslovaco podrían de hecho obtener una paz genuina.

—Jack Hirshleifer, *El Apaciguamiento: ¿Puede funcionar?* (2001:342)

¿Cuáles son las consecuencias del lenguaje académico? El historiador David Reynolds, en un ensayo sobre las así llamadas ‘guerras mundiales,’ dice que las transiciones de la guerra a la paz, y de la paz a la guerra, tienen enormes consecuencias políticas, y que “las etiquetas que aplicamos a estas transiciones son tan importantes como los eventos mismos.” En otras palabras, en el juicio de Reynolds los *términos* que emplean los académicos tienen un enorme poder, a la par con los movimientos de millones de personas para asesinar unas a otras. La razón, dice, es que “las etiquetas rara vez son neutrales en su sesgo político o en las implicaciones que tienen para el análisis.”¹ Lo quieran o no, los historiadores, al bautizar los eventos y procesos que analizan, participan en una muy consecuente *propaganda* que educa la consciencia política de la gente, misma que determina, finalmente, la historia.

¿Exagera Reynolds o tiene razón?

El intervalo que empieza con la toma de poder nazi en 1933, y que ‘termina’ con la declaración de guerra de Gran Bretaña y Francia contra Alemania en 1939, es un periodo de transición de la paz europea a la guerra mundial. Adolfo Hitler, sin mayor esfuerzo, y casi sin desenvainar la espada, se hizo en este periodo de Austria, Checoslovaquia, y Polonia gracias a las políticas de los dirigentes occidentales. ¿Cómo etiquetarlas? Los historiadores están de acuerdo en llamarlas ‘apaciguamiento,’ y aquello ciertamente conlleva una interpretación de sesgo político. Es ésta: los líderes de Gran Bretaña, Francia, y Estados Unidos *eran bien intencionados*. Si le daban a Hitler todo lo que quería, como afirma P.M.H. Bell en *Orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, era porque había “asco por la guerra” y “apoyo al desarme”; se trataba de su “devoción por la paz y la conciliación internacional.” Esperaban, pues, satisfacer a Hitler—‘apaciguarlo’—y así evitar que lanzara una guerra europea.² El consenso de los historiadores es aquí tan arrollador que la etiqueta del ‘apaciguamiento’ se avienta de paso y sin defensa alguna, implícitamente afirmándola como verdad obvia.

Aquello se ve en la forma como el economista Jack Hirshleifer (arriba, epígrafe) introduce el tema. Él no dice que aquellas políticas fueron *quizá* de apaciguamiento, y mucho menos investiga la probabilidad de que lo fueran. Los historiadores *le han dicho* que fueron políticas de apaciguamiento y con eso basta. Se dispone, pues, a investigar de forma teórica ciertos aspectos de la política de apaciguamiento como la cuentan los historiadores, dando por buenos todos sus supuestos. Sin duda lo hace porque no ve controversia alguna: los historiadores no debaten este ‘axioma,’

ocultándole al mundo que en realidad se trata de una *hipótesis*, y que existe una hipótesis alternativa. ¿Cuál? Que los dirigentes occidentales ansiaban el éxito del nazismo alemán.

Hay justificación amplia, en el contexto documentado en los capítulos anteriores, para considerar la hipótesis alternativa.

Adolfo Hitler no fue ningún genio. Los oficiales prusianos—los verdaderos amos del poder en Alemania—descubrieron (o crearon) al futuro partido nazi, y le ordenaron a Hitler que lo fuera a investigar. El partido absorbió a Hitler casi contra su voluntad e *ipso facto* lo convirtió en su líder (el desorientado Hitler se sorprendió tanto que lo llamó su “captura” por parte del partido). También prepararon los oficiales prusianos el financiamiento del movimiento y la fuerza paramilitar que precisaba. Los grandes industriales alemanes que tenían todo el poder económico apoyaron igualmente a Hitler con gran entrega, y así lo hicieron también las cortes de justicia alemanas (CAPÍTULO 7). *Los círculos de poder alemanes hacían todo esto bajo paraguas de las políticas, instituciones, y financiamiento del movimiento eugenista—fuente de la ideología de Adolfo Hitler—que dirigían las elites gobernantes en Gran Bretaña y más aún en Estados Unidos* (CAPÍTULOS 6 y 7). Ayudó mucho también el Vaticano, preparando el clima ideológico y político en Europa, y luego destruyendo la resistencia católica al nazismo, coronando finalmente a Hitler como nuevo emperador (CAPÍTULOS 10 y 11). El partido nazi, es bueno recordar, nunca alcanzó la mayoría, y “fue una extraordinaria intriga la que le dio a los nazis el control de Alemania precisamente cuando su estrella empezaba ya a desvanecerse.”³ O sea que si bien Hitler

demonstró talento histriónico y capacidad de organización, sin el apoyo de los poderes arriba mencionados no habría escalado hasta la cima.

En este contexto, lo que hicieron las clases gobernantes de Occidente luego de ver a sus protegidos nazis tomar el poder es perfectamente consistente con la forma como habían venido apoyando el movimiento alemán. ¿Hemos entonces de calificar eso de ‘apaciguamiento’ y no de ‘patrocinio’?

Debe preocuparnos que nos vistan al ‘apaciguamiento’ casualmente de incuestionable axioma en todas las escuelas secundarias, preparatorias, y universidades de Occidente. ¿No será que las elites occidentales que nos ‘educan’ están construyéndonos una memoria falsa? De ser así, ¿cuál será la consecuencia de no conocer la ideología de los dirigentes occidentales en la Segunda Guerra? Si el filósofo Jorge Santayana tiene razón que “quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo,” entonces nos arriesgamos a *repetir una guerra mundial y un genocidio*. Quizá Reynolds no exagere el tremendo poder del lenguaje académico.

Apunto que a pesar del sesgo prevaleciente, en los últimos años, aquí y allá, el peso enorme de la montaña de datos que contradice la interpretación del ‘apaciguamiento’ ha logrado exprimir de algunos analistas un débil gemido que plantea tímido y casi avergonzado la pregunta: ¿no sería posible que las clases gobernantes de Occidente favorecieran el nazismo? Se les contesta con una réplica corta, severa, resonante, y altiva: *imposible*. Por ejemplo, en el año 2000 Neil Forbes publicó *Doing Business with the Nazis (Comerciendo con los Nazis)*, un recuento de la relaciones económicas y financieras de la clase gobernante británica con Alemania en el

período 1931-39. El material repasado en el libro de Forbes pudiera sugerirle al lector la posibilidad de una orientación pro nazi en la dirigencia británica, pero el libro abre con el antídoto: un prólogo del historiador Richard Overy que dice así:

La tentación medio siglo después [de la guerra] es argüir que Gran Bretaña aprobaba, y deliberadamente asistió, el nazismo alemán; empresarios y políticos británicos pueden ser representados como simpatizantes... El gran mérito de *Doing Business with the Nazis* es que reconoce que la política británica hacia Alemania en los 1930s tenía un fundamento práctico, y no era producto de simpatías pro fascistas...—en Forbes (2000:xii)

Cuando un libro de historiografía tiene como “gran mérito” que “reconoce” lo que aplaude una cierta corrección política, y no que lo *demuestra*, la implicación es que la alternativa es (o debiera ser) impensable. Quizá sea eso precisamente lo que se busca: *que no se piense*; que la “tentación” a hacerlo “medio siglo después” sea como la tentación al pecado.

En esta PARTE 4 repasaré las políticas occidentales en el período 1933-39 pero no las calificaré de ‘apaciguamiento’; al contrario, someteré esta hipótesis a un examen escéptico y defenderé que la hipótesis alternativa que nadie quiere tocar resuelve un sinnúmero de absurdos y misterios que de otra manera hay que arrastrar. Haré el esfuerzo de demostrar—aduciendo lógica y presentando evidencia—el error de una interpretación y el acierto de otra. El lector, naturalmente, es invitado a criticar y cuestionar mi análisis y mis conclusiones.

No voy a *reconocer* nada, y tampoco quisiera que lo hicieran mis lectores. Mejor todos pensamos.

FUENTES

Bell, P. M. H. (1997). *The Origins of the Second World War in Europe* (2 ed.). Harlow, England: Pearson Education Limited.

Frischauer, W. (1951). *The Rise and Fall of Hermann Goering*. Boston: Houghton Mifflin.

Reynolds, D. (2003). The Origins of the Two 'World Wars': Historical Discourse and International Politics. *Journal of Contemporary History*, 38(1), 29-44.

¹ Reynolds (2003:29)

² Bell (1997:99)

³ Frischauer (1951:77)